

firmaba la paz con Turquía, el emperador consentiría en que Prusia hiciera una nueva adquisición. Con esto aludía claramente á una nueva desmembración de Polonia y á la necesidad de suspender toda acción ante el peligro de la Revolución francesa. El canciller de Estado ruso, Ostermann, no consideró inminentes todos estos peligros, y para tranquilizar al Austria prometió no destinar á la guerra turca mas que una parte de su ejército y tener, hasta mayo, 40,000 hombres en Livonia y los cosacos de Ucrania preparados para marchar contra Polonia.

Entre tanto había ocurrido la insurrección de los Países Bajos, acontecimiento que de rechazo influyó en la conducta de los rusos y que les quitó las ganas de proteger al Austria. José y Kaunitz, con sus repetidas instancias, no consiguieron sino que durante el invierno de 1789 á 1790 se entablaron en Constantinopla negociaciones de paz, y los últimos meses del año 1789 transcurrieron sin que estas negociaciones adelantaran un paso. Rusia deseaba continuar la guerra para poder imponer la paz; Prusia influía directamente contra la paz y firmó con Turquía por conducto del plenipotenciario prusiano Diez, en 30 de enero de 1790, un tratado de alianza ofensiva y defensiva, tratado que iba mas allá de lo que entonces se creía, pues entre las comarcas cuya reconquista se prometía á los turcos, estaba comprendida la Crimea. Hertzberg se guardó de ratificar esta cláusula, pero á pesar de esto el tratado fué bien recibido en la corte de Prusia. El rey esperaba con impaciencia su conclusión, pues pensaba ya seriamente en medir sus fuerzas con el Austria; y podía darse por seguro que en los primeros meses de 1790 estallaría la guerra contra esta potencia. Un ejército turco debía atacar á los austriacos desde la Bosnia, mientras el ejército prusiano, procedente del Norte, pasaría la frontera. Desde el mes de enero de 1790, comenzó el Austria á hacer sus preparativos. «Como las circunstancias, escribía José á Laudon (1), demuestran cada vez mas claramente, hasta el punto de no dejar duda ninguna, que en la primavera seremos atacados por la Prusia unida con Polonia, os ruego que me deis vuestro parecer acerca del plan que os he comunicado relativo á la distribución de las fuerzas del ejército, á fin de que, en la medida que las circunstancias lo permitan, todo esté preparado para la época oportuna.» El mando supremo fué confiado á Laudon; una parte del ejército del Sur, 130,000 hombres, debía dirigirse á Bohemia y Moravia, teniendo como centro de operaciones á Koniggratz: 100,000 hombres debían quedarse en el banato á la defensiva y 30,000 fueron destinados á guarnecer á Galitzia, á las órdenes de Wallis y de Coburgo. El Austria se encontraba en una situación peligrosa que destruía su política exterior y que amenazaba su posición en Europa y aun su existencia misma. El auxilio de los rusos era inseguro; la alianza con Francia, país que seguía en plena revolución, estaba ya disuelta; Bélgica se consideraba perdida, y en Hungría y Polonia todo se preparaba, al parecer, para una revolución.

Ante el peligro de un conflicto general, José había trabajado oportunamente en pro de la paz; pero todas las tentativas que llevaba hechas habían fracasado: él mismo se encontraba al término de su jornada. Desde que había vuelto enfermo de la campaña de 1788, no había podido restablecerse; en 14 de abril de 1788 depositó su testamento en el archivo de palacio y pasó casi todo el invierno de 1788 á 1789 en su habitación. Los médicos le recomendaban la tranquilidad del cuerpo y del espíritu, pero su imaginación y los cuidados que el porvenir del reino le inspiraba turbaban la paz de su alma. Además, no permanecía ni un momento inac-

(1) 4 de enero de 1790, Gerson Wolf, obra citada, 238.

tivo. «Por lo menos en mi gabinete de trabajo, escribía á su hermana María, ha de andar mi máquina.» El día 3 de mayo pudo salir de palacio y dar algunos paseos; en el mes de junio se trasladó á Laxenburg y en el otoño á Schönbrunn. En setiembre se sintió tan mejorado que quiso ir á reunirse con el ejército y, á ser posible, hubiera combatido contra Prusia; pero cuando en octubre regresó á la capital, se encontró peor que antes. Los últimos momentos alegres de su vida se los proporcionaron la toma de Belgrado y la victoria conseguida en el Bajo Danubio. En cambio, las noticias que de Bélgica y de Hungría llegaban le impresionaron profundamente. La evacuación de Bruselas fué calificada por José de colmo de «desgracia y de vergüenza;» parecía mas que probable, como hemos dicho, que Prusia se lanzaría á la lucha durante la primavera de 1790; y todas estas noticias funestas precipitaron la muerte del emperador, el cual escribía á Leopoldo de Toscana (2): «Abismado en mi propia desgracia y en la del Estado, y víctima de una enfermedad que me roba todas las distracciones y me hace mas penoso el trabajo, soy actualmente el mas desdichado de los mortales: paciencia y resignación son mis únicas divisas. Tú conoces mi fanatismo, ya puedo llamarlo así, por el bien del Estado, al cual todo lo he sacrificado; la gloria que me rodeaba, la consideración que había conquistado la monarquía, todo se ha perdido. Compadéceme, querido hermano, y que Dios te preserve de encontrarte en situación semejante.» Desde el día de Navidad, la enfermedad hizo terribles progresos: el emperador apenas podía andar ni hablar: de día en día se dejaba postrar mas por su dolor. En noviembre de 1789 derogó las ordenanzas que para Bélgica había dictado, y en 28 de enero de 1790 firmó la derogación de las de Hungría, cuya Dieta sin embargo se negó á convocar diciendo: «Esto sería ponerlo todo en desorden y no satisfaría á nadie; es preciso esperar (3).» Pero José no estaba en el caso de poder esperar: su médico, instado por él, le manifestó (5 de febrero) que su vida podía acabarse de un momento á otro.

El último acto importante de ella fué el confiar al conde Hatzfeld todos los asuntos del reino y crear una conferencia ó consejo para las cuestiones de política exterior (4), compuesto del senescal, príncipe Starhemberg, del mayordomo mayor, conde de Rosenberg, del mariscal Lacy y de Kaunitz. Para «evitar á este toda incomodidad,» permitióle hacerse representar por el consejero Spielmann y por el archivero Collenbach. De esta conferencia salió el acuerdo de nombrar co-regente al gran duque Leopoldo. El emperador conjuró á su hermano en nombre de su amistad y de sus deberes para con el reino, en cuyo trono debían sucederle él y sus descendientes, á que fuera lo mas pronto posible á Viena, añadiendo que sus órdenes debían tener la misma fuerza que si fueran dictadas por el emperador en persona (5). De mala gana y solo por un momento pareció Leopoldo inclinado á acudir al llamamiento. «Debo ocuparme, escribía á su hermana María en 17 de febrero, en los negocios que tan embrollados se encuentran y en la enfermedad y modo de pensar del emperador, pero me sacrifico y obedezco.» Sin embargo al día siguiente cambiaba de parecer y escribía (18 de febrero): «No puedo ir á Viena mas que para asistir á su muerte ó quizás para acelerarla.» Una indisposición le retuvo en Florencia. Solo y abandonado pasó José sus últimos días; únicamente le visitaban el archiduque Francisco, Lacy, Ro-

(2) 21-24 de diciembre, II, 303, 305.

(3) Carta á Leopoldo, del 4 de febrero de 1790, II, 315.

(4) 29 de enero de 1790.

(5) José á Leopoldo, 6, 8 de febrero de 1790, II, 316, 318.

senberg, Dietrichstein, Hadik, Laudon y los secretarios, á quienes dictaba las cartas de despedida á sus hermanos, á la czarina y á las cinco damas, cartas que á duras penas podía firmar su temblorosa mano. En una carta especial, fechada el 16 de febrero, manifestó á Kaunitz su gratitud y su confianza y le recomendó la patria «que tanto quería.» Ninguno de sus hermanos se acercó á su lecho de muerte. La joven archiduquesa Isabel que amaba á José con la ternura de un niño, sufrió tal impresión al verle, que abortó y murió de resultas del aborto. El emperador sintió profundamente este golpe. En la mañana del 20 de febrero de 1790 se sintió muy mal, y murió tranquilamente despues de una breve agonía, estando presentes á su muerte tan solo su confesor, su médico, el archiduque Francisco, Lacy, Rosenberg y Dietrichstein. El embajador prusiano escribió: «Pocos ejemplos se dan de una muerte tan resignada.» José murió como hombre animoso y fiel á sus deberes hasta el último momento. Sus allegados decían que se había causado á sí mismo el mal que lo llevó á la tumba, y en efecto su salud se resintió prematuramente de la extraordinaria actividad de su vida; pero ¿quién puede decir hasta qué punto el fracaso de sus planes y la pérdida de sus esperanzas contribuyeron al desarrollo de tan triste enfermedad? Un contemporáneo escribe (1): «Nueve años antes de subir al trono, había sido venerado como instrumento de Dios, esperándose de él todo lo mas grande, todo lo mas famoso, casi lo imposible: ahora le conducen al sepulcro como una víctima expiatoria de la época. Ningun emperador, ningun mortal trabajo ni se es-

forzó con tanta actividad como él; ninguno sufrió como él la desgracia, no solo de tener que renunciar, ante la muerte, que le sorprendió en los mejores años de su vida, al logro de sus planes, sino de haber de destruir en los últimos momentos, y cuando estaba concluida, la obra á la cual había consagrado todos los trabajos y cuidados de su existencia.»

Hasta pocos días antes de su muerte no se supo en Viena que el estado del emperador no ofrecía esperanza alguna, y apenas se esparció la noticia se dijo: «¡Le han envenenado!» En Bohemia, Galitzia y Hungría decían los labradores: «No ha muerto, sino que lo han encarcelado; pero volverá.» Muchos hablaban de él en tono de burla, pero con aflicción. Con él parecía haber sido enterrado lo que había dado en llamarse el *sistema*; el antiguo Estado, el antiguo orden de cosas, los antiguos derechos podían renacer uno tras otro, pero la mayor parte de sus instituciones le sobrevivieron.

Su gobierno fué un gobierno fuerte y enérgico, que destruyó el antiguo orden de cosas establecido en Austria por los Fernandos y con él la soberanía feudal y eclesiástica; fomentó la cultura alemana, estableció la igualdad ante la ley, abrió nuevos horizontes á la industria y al comercio, concedió al trabajo libre los derechos que le eran debidos, hizo ingresar de nuevo en la población á los ciudadanos y á los aldeanos como miembros vivos de la misma nación, impulsó la actividad y creó la libertad interior, que no pudieron destruir los gobiernos sucesivos y que no podrán matar en ningun siglo la deslealtad ni la perfidia.

## LIBRO CUARTO

LEOPOLDO II (1790-1792)

por el Dr. Juan de Zwiedineck-Sudenhorst

Bibliotecario de la provincia de Estiria y catedrático especial en la universidad de Graz

### I.—LEOPOLDO Y LA PAZ

Gobierno de Leopoldo en Toscana.—Relaciones de Leopoldo con José II.—Opinión de Leopoldo sobre las reformas josefinas.—Su advenimiento al trono.—Aproximación á Prusia.—Antagonismo entre Leopoldo y Kaunitz.—Tratado de Reichenbach.—Coronación de Leopoldo como emperador.

Leopoldo (Pedro), hijo tercero de María Teresa, había nacido en 5 de mayo de 1747; de suerte que al morir José contaba 47 años de edad y se encontraba, por tanto, en la plenitud de su vida. Medianamente grueso, casi macizo, llevaba en su semblante mas bien los rasgos característicos de la familia de Lorena, que los de los Habsburgos. La educación de Leopoldo, lo propio que la de su hermano que contaba tres años mas que él, fué confiada al ayo de José II, conde Carlos Bathiany, á quien ayudaba en esta tarea el segundo ayo conde Felipe Künigl. Despues de la muerte del archiduque Carlos (1761), fué agregado á los ya citados el tercer ayo, Francisco Thurn-Balesassina, que posteriormente acompañó á su discípulo á Toscana. El jesuita Francisco Lochner fué su confesor y como maestros tuvo á Jacobo Sauboin y á Juan Brasseur. La enseñanza comprendía el latín,

(1) Herder, *Cartas sobre la humanidad*, I, 118.

el francés, el italiano, el bohemio, la ciencia del derecho, la ciencia política, la historia, las matemáticas y las ciencias naturales. En sus opiniones acerca de la Iglesia, ejercieron gran influencia las tendencias febronianas que en punto á teología dominaban en la universidad de Viena.

Desde los primeros años de su juventud, fué destinado Leopoldo al gobierno de un Estado italiano; pues sus padres se proponían casarle con la heredera de Módena, pero despues ocupó su lugar el archiduque Fernando Carlos, mientras él, ocupando el puesto que había tenido el citado archiduque Carlos, recibía el gran ducado de Toscana, que Francisco I había destinado al segundogénito de su familia, en virtud de un diploma de 14 de julio de 1763. El heredero de la corona, José, dió en el mismo día su consentimiento á esta disposición, y en 2 de enero de 1765, el emperador, como gran duque de Toscana, cedió aquel territorio á su segundo hijo. Estos arreglos eran condiciones preliminares para el matrimonio de Leopoldo con la infanta de España María Luisa, que se realizó por procuración en 16 de febrero de 1765, y que se celebró solemnemente en Innsbruck el día 5 de agosto del propio año. Los festejos de la boda hubieron de suspenderse á causa de una indisposición de Leopoldo y poco despues por la muerte del emperador Francisco, el cual, como hemos dicho, fué mortalmente herido en

el campo de batalla. En 30 de agosto, emprendió la joven pareja el viaje a Italia; la acogida que se les dispensó en Florencia fué cordialísima, pues el país se alegraba de ver que la ciudad volvería a ser residencia de una corte, y que Toscana podría cuidar por sí misma de sus propios negocios. Pero la corte no fué, durante los primeros años, tan independiente como se había creído, pues María Teresa no queriendo que su hijo, que a la sazón contaba diez y nueve años, a pesar de ser más juicioso que su hermano José, gobernara con completa independencia, había puesto a su lado un mentor, el conde Thurn, que, nombrado intendente supremo, recibió el encargo de poner de cuando en cuando en conocimiento de su soberano las advertencias y los consejos de su cuidadosa madre. Cuando el proceder de la corte de Florencia amenazó traspasar los límites marcados, escribió María Teresa una carta a Thurn (2 de enero de 1766) llena de reconvenciones acerca de las malas noticias que tenía de la situación del país y de la conducta de la corte, y censurando sobre todo el lujo a que se entregaba su hijo. «Todo quiero atribuirlo a los pocos años de mi hijo y a la vanidad de verse soberano, lo cual hace que se considere al mismo nivel de los demás reyes y no se crea dependiente de nadie más que de Dios. Los halagos pueden alucinar a un joven, pero no por eso ha de perder de vista que tiene una madre y una familia, de la cual depende (1)». Por algún tiempo, estuvo la emperatriz decidida a enviar a Florencia, con la misión especial de vigilar a la corte, al embajador en Madrid, conde de Rosenberg. El conde Thurn sintió de tal manera la lección que la emperatriz le daba y la pérdida de la confianza de María Teresa, que contrajo una enfermedad que en pocas semanas le llevó al sepulcro.

Los primeros ministros del joven archiduque, el anciano marqués Botta d'Adorno y, desde 1766, el conde Francisco Orsini Rosenberg, dependían por completo de Viena, a pesar de que la emperatriz se tranquilizó muy pronto acerca de la conducta de su hijo, de quien recibió informes que la colmaron de contento. En 1770 comenzó Leopoldo a gobernar libremente en su país, desplegándose entonces su privilegiado talento. Ayudado por su ministro Pompeyo Neri, de origen florentino, desplegó su actividad reformadora en las esferas administrativa, eclesiástica y económica y en todos los ramos de la legislación y de la administración. El gobierno de aquel soberano de veintidos años fué en extremo notable, y el único, por decirlo así, de Italia (2). Leopoldo seguía las mismas tendencias que José II; sus reformas no eran del todo pertinentes ni moderadas; pero él, tenaz e infatigable, continuaba adelante, consiguiendo mayor éxito que su hermano en Austria. Declaró libre la propiedad territorial, restableció la autonomía administrativa de los municipios, simplificó el sistema tributario, abolió la tortura y la Inquisición, rompió las trabas que oprimían a la industria y al comercio, destruyó el monopolio y el sistema de los gremios, introdujo el de las enfiteusis, y estableció la libertad de enseñanza. En cambio, descuidó todo lo que a la vida militar se refería, y disolvió, con ligeras excepciones, el ejército y la marina de guerra, creyendo asegurada la neutralidad de Toscana contra los ataques de enemigos exteriores. En algunas ciudades, confió el servicio de la seguridad pública a milicias cívicas, que, en su mayor parte, fueron disueltas también en 1790. Leopoldo puso el dedo en la llaga de los desórdenes entonces reinantes, modificando las

(1) Arneth, *María Teresa*, 7, pág. 175.

(2) Fernando Hirsch, *Leopoldo II como gran duque de Toscana* en la *Revista histórica* de Sybel, cuaderno 40, pág. 432-470.—A. de Reumont, *Historia de Toscana*, cuaderno II, pág. 79-186.—G. Capponi, *Storia di Pietro Leopoldo*, Florencia, 1877, II, 347.

corporaciones religiosas que constituían un poderoso obstáculo al desenvolvimiento material y moral de la población. Después de haber perdido las esperanzas de llegar a una avenencia con Roma, Leopoldo torció el curso de sus ideas en el sentido de su poder absoluto como príncipe, al cual no oponían impedimento alguno las instituciones políticas de su país. La emancipación de la dependencia de Roma y el robustecimiento del poder episcopal, fueron las dos cosas a que consagró sus primeros esfuerzos: además de esto exigió el *exequatur* para los decretos procedentes de autoridades eclesiásticas extranjeras, suprimió el derecho de asilo y la jurisdicción propia de los nuncios, prohibió que se hiciera pago alguno a la caja pontificia, obligó a todo el que se dedicaba a la carrera eclesiástica a estudiar en los seminarios episcopales, é hizo depender la provisión de curatos del resultado de un exámen prévio. Todos los conventos fueron sometidos a la jurisdicción episcopal; la orden de los jesuitas quedó suprimida en 1773, y abolido quedó también el sistema de ermitaños. En vista de que en Toscana había exceso de sacerdotes (en 1745 para 900,000 habitantes había 27,000 clérigos), dificultáronse los permisos para recibir las sagradas órdenes y se impusieron fuertes tributos a los eclesiásticos sin ocupación. Era de prever que todas estas medidas descontentarían a los muchos a quienes perjudicaban en sus intereses particulares. Leopoldo creía encontrar en los obispos apoyo para sus sanas innovaciones y esperaba que las decisiones de los sínodos diocesanos ejercerían destructiva y civilizadora influencia en la población. Y sin embargo, solo Escipión de Ricci, obispo de Prato y de Pistoia, se puso abiertamente a su lado y el sínodo de Pistoia, por él convocado en 1786, recomendó al gobierno la adopción de los cuatro artículos galicanos. Pio VI, sin embargo, declaró herético este acuerdo, contra el cual se preparó una general agitación en el país. Leopoldo creyó poder contenerla convocando un concilio nacional, pero Ricci le disuadió de esta idea, y se contentó con reunir una asamblea de obispos toscanos para discutir las bases de un concilio provincial. Los prelados de esta asamblea no lograron ponerse de acuerdo y la reunión se disolvió sin haberse podido verificar la unión con el gobierno. El archiduque hizo publicar la historia de la «Asamblea episcopal» en virtud de la cual la posteridad ha podido convencerse de que no fué culpa de Leopoldo si, a pesar de todos sus esfuerzos y de su moderación, no consiguió introducir del todo en el régimen eclesiástico el nuevo sistema que para él tenía proyectado.

Leopoldo procuró también levantar de la postración al pueblo, para lo cual le fué preciso prescindir del clero corrompido y adoptar una serie de enérgicas medidas. Con ayuda del jesuita Gimenez, logró desecar los pantanos de Siena (3); arregló la orilla del río Ambrone; unió el lago de Castiglione con el mar por medio de un canal de 2  $\frac{3}{4}$  millas de extensión; desvió las aguas del lago de Tucechio para la sanificación de la comarca, a pesar de que la pesca en aquel lago valía 12,000 florines anuales a su tesoro, y atendió a la colonización del territorio de Erossetbo, poco menos que inculto y deshabitado. El aumento de producción había de contribuir al de los rendimientos de los derechos de importación y de exportación. La alegría que produjo la supresión del impuesto sobre los cereales se manifestó por medio de la acuñación de una medalla hecha en honor de Leopoldo, en la cual estaba representada la «diosa de la abundancia» teniendo en una mano la tea con que se preparaba a pegar fuego a las antiguas leyes prohibitivas. El comercio de géneros de seda que hasta entonces había estado limitado a

(3) *Biografía del emperador Leopoldo II*, Viena, Mosle, 1792.

Florencia y a Pisa, vióse libre de toda traba; el consejero de minas de Transilvania, Eder, fué llamado a Toscana para inspeccionar las del país que necesitaban grandes reformas; propagóse el cultivo de la rubia tintórea; se fomentó el famoso instituto de los Médicis, en Pisa, para la cría caballar que había decaído por completo y volvió a cobrar su importancia por los cuidados de Freschappelle y Scotti, de los «Geor-

gicófilos» ó amigos del cultivo del suelo, para fomentar la agricultura y la horticultura. La construcción de la carretera de Pistoia a Módena, que atraviesa los Apeninos, causó verdadera sensación y sirvió de modelo a otras muchas que posteriormente se construyeron. Como era lógico, todas estas y otras excelentes medidas y disposiciones robustecieron las fuerzas materiales del país é hicieron tomar gran



Leopoldo II. Facsimile reducido de la lámina hecha al agua-fuerte por Jacobo Adam en 1790; copia del cuadro original hecho en abril del mismo año por José Kreukinger (1750-1829)

vuelo a la hacienda toscana, de suerte que así como al comenzar el reinado de Leopoldo, los ingresos se elevaban únicamente a ocho millones de liras, y apenas podía levantarse un empréstito de algunos millones, cuando Leopoldo salió del país, dejó arreglados todos los asuntos y en el tesoro un remanente de cinco millones en numerario. En los planes políticos de Leopoldo entraba establecer en Toscana una Constitución representativa, proyecto cuya redacción encomendó a uno de sus consejeros, Giani, pero que no llegó a realizarse. La población de aquel país, que hasta entonces no había alcanzado un verdadero grado de cultura, comprendió tan poco las buenas intenciones y el desinterés de su príncipe, como las provincias austriacas el colosal plan de gobierno de José. El clero excitaba al pueblo, y la aristocracia indígena tomó respecto de la corte una actitud suma-

mente fría. Leopoldo, por estas mismas causas y con disgusto de los cortesanos y diplomáticos, residía más tiempo en Pisa que en Florencia. No descuidó tampoco este soberano las artes y las ciencias, a pesar de que muchos le han echado en cara que no se interesaba por ellas. Cierto que no mostraba el interés del verdadero aficionado que experimenta una satisfacción al atender a estas manifestaciones del espíritu humano, pero comprendía demasiado bien y lealmente los deberes de jefe del Estado para descuidar tan importante elemento de cultura. En el arreglo de las obras de arte y de las curiosidades acumuladas en el palacio Pitti no se procedió ciertamente con la debida inteligencia; y en vez de suprimir como se suprimió la notable «Academia della Crusca» hubiera podido intentarse su reorganización, evitándose la dura frase de Alfieri, de que «Italia continuaba bajo la dominación